

TORRE 4, PISO_, APARTAMENTO_19



DARÍO JOSUÉ ÁLVAREZ SANDOVAL
ILUSTRACIONES DE XIMENA BUITRAGO

TORRE 4, PISO_, APARTAMENTO_19

Textos Darío Josué Álvarez Sandoval

Ilustraciones Ximena Alexandra Buitrago Mendoza





© Institución Universitaria Politécnico
Gran Colombiano

TORRE 4, PISO_, APARTAMENTO_19
Noviembre de 2021

Editorial Politécnico Gran Colombiano
Calle 57 No. 3-00 este
Tel: 7455555 Ext. 1516
Bogotá, Colombia.

ISBN: 978-628-7534-55-1
ISBN Digital: 978-628-7534-56-8

AUTOR

Darío Josué Álvarez Sandoval

DISEÑO E ILUSTRACIÓN

Ximena Alexandra Buitrago Mendoza

EDITORAS

Victoria Eugenia Peters Rada
Marcela Fernanda Téllez Pedraza

DIRECTOR EDITORIAL

Eduardo Norman Acevedo

LÍDER DE PUBLICACIONES

Carlos Eduardo Daza Orozco

CORRECCIÓN DE ESTILO

Marcela Fernanda Téllez Pedraza

Xpress Estudio Gráfico y Digital

Creado en Colombia

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano.

Para usos académicos y científicos, la Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano accede al licenciamiento Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No comercial – Sin derivar - Compartir igual. Este libro es resultado de un proceso académico-investigativo de la Facultad de Ingeniería, Diseño e Innovación y la Facultad de Sociedad, Cultura y Creatividad.

Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Gran Colombiano pertenece a la Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC)

*Como en una muerte dulce,
Como en una muerte lánguida,
Y era una selva encantada,
Y era una noche divina
Llena de místicos sueños
Y claridades fantásticas*

EDGAR ALLAN POE, A ELENA

Lo que comenzó como una solitaria temporada, si es que así puedo llamarla, terminó convirtiéndose en la experiencia más traumática que viví en toda mi vida. Algo que supera a esos oscuros años de la secundaria, cuando era un pelado al que aún le quedaba una sola gota, pero muy grande, de esperanza, la cual me quitaron muchos imbéciles que hoy viven en comunidades de campers y trabajan en gasolineras. No es que disfrute el hecho de haberme enterado de esos rumores hace algunos años, simplemente es un recordatorio de que todos estamos jodidos de alguna forma.

Logré tener un trabajo estable, un apartamento propio, independencia en un agradable sentido, pero a costa de haber perdido la confianza en las personas, el contacto con mis familiares y amistades cercanas, todo debido a mi pesada rutina y a otras ocupaciones que me mantienen atareado todo el tiempo.

Reconozco que he alejado a muchas personas a las que les importaba, pero es solamente eso, ¿sabes? No todo es para siempre, cada uno está en sus propios asuntos, y yo ahora estoy en los míos. No tengo quejas ni alguna necesidad más que relacionarme con la gente con la que trabajo, cosa que he dejado de hacer por el estado de cuarentena en el que entró la ciudad a causa de la pandemia. Desde entonces trabajo desde casa, me pagan por Internet y pido comida u otras cosas que necesito por domicilio. Me ha estado yendo bien y la estadía en mi apartamento para guardar la cuarentena ha sido muy normal; sin lamentos ni reclamos hacia la vida que me ha tocado.

Nunca imaginé que algo a lo que ya estaba acostumbrado terminaría tan mal. Algo que es tan aburrido para otros, era simplemente cotidiano para mí. Estar encerrado no significaba un problema hasta que se convirtió en uno. Uno que me llevaría al encierro cuando ya no me agradó la idea de estar encerrado, aunque en toda mi vida, al menos desde que me acuerdo, jamás me había molestado.





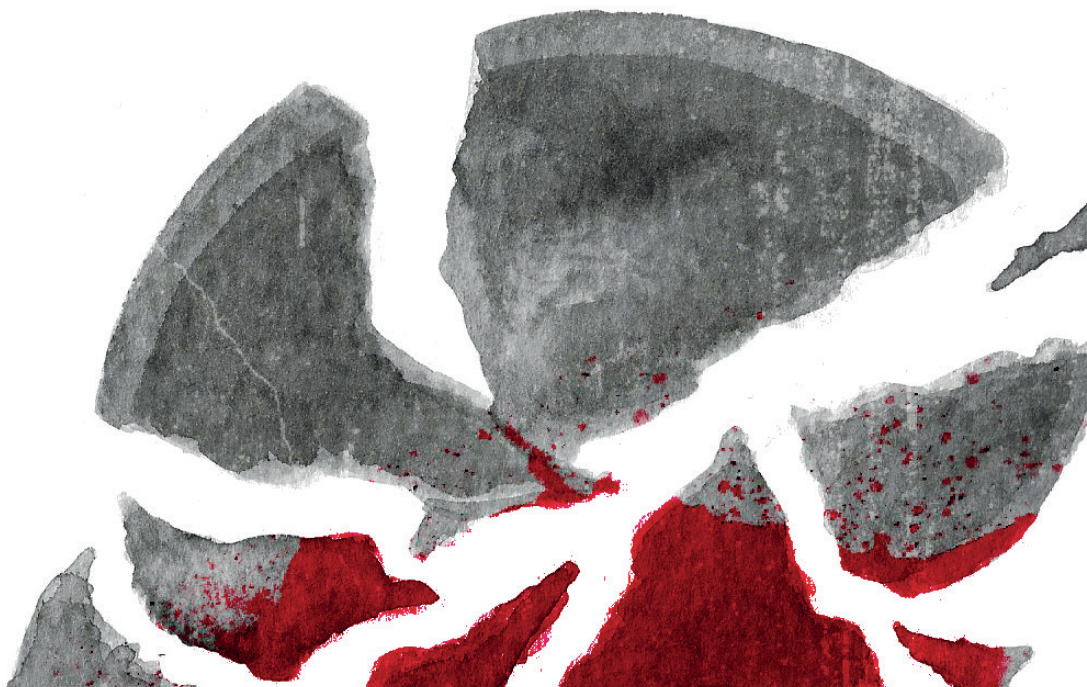
Cuando la cuarentena empezó, no pasaron muchos días para que comenzara a hacer mis informes desde el computador, sobre la mesa del comedor y tomando un café caliente que preparaba con canela todos los días. Mi rutina seguía tan pesada que mi hora de dormir seguía siendo a altas horas de la noche, lo que para mí no hacía ninguna diferencia más que en el entorno, me daba realmente lo mismo estar aquí o allá.

Así fue por unas semanas, pero empezaba a extrañar una sola cosa: saludar a la gente de la oficina. Decir cómo estás y discutir los informes del trabajo. Era algo que curiosamente sí extrañaba, aunque no tuviera ninguna conexión o relación con esos otros, por esto, hablarles por mensaje no era una opción para mí. Los conocía, pero no éramos amigos, y tampoco había compartido ninguna anécdota personal con ellos, desearía haberlo hecho cuando pude.

En los últimos cuatro meses que transcurrieron, estaban pasando cosas inusuales en mi apartamento. Lo digo porque llevaba seis años viviendo ahí, y en lo personal no creo en fantasmas ni alguna cosa paranormal, de hecho, sigo manteniendo así mi postura. Sucedió que, ocurrieron dos cosas extrañas. No soy alguien descuidado, por eso me pareció rara la manera en que un plato se rompió mientras lavaba la losa. No fui yo quien directamente lo rompió, simple y sencillamente me encontraba lavando, como de costumbre.

Eran más o menos las cinco de la tarde con fracción, podía ver el cielo oscurecido por la ventana frente al lavatrastos. La cocina se iluminaba con una tenue luz azul, estaba semi-oscura ya que aún no anoecía. Colocaba cada plato que lavaba en el secador que estaba a mis espaldas, ahora que lo pienso, un lugar poco práctico para colocar la losa. Cuando me volteé para regresar al lavatrastos y seguir lavando, el sonido de un plato rompiéndose detrás de mí, más que sorprenderme, me asustó.

Giré y vi los escombros en el suelo, pero el sonido que había escuchado era más bien como si alguien lo hubiera estrellado contra algo. Supongo que me sorprendió más de lo esperado, soy alguien cuidadoso, y el hecho de que esto me hubiese sucedido, me pareció muy raro.



El antiguo piano que está en mi sala es el único recuerdo que tengo de mis padres, ambos me lo heredaron después de morir. Últimamente no me gustaba tocarlo porque me recordaba a ellos, pensaba en el tiempo que no les di. Mientras estaba sentado en el sofá intentando pensar, más o menos a las cinco de la tarde, me detuve a mirar hacia la mesa que estaba frente a mí, en la que reposaban unos jarrones de vidrio. La luz se movía lentamente por el reflejo del sol y, de manera inoportuna, escuché cómo la tecla del piano sonó, inmediatamente volteé hacia él.

Tenía muchos meses sin tocar, y admito que la piel se me puso helada, parecía como si ese sonido de la tecla fuese un reclamo hacia mí. Caminé hacia el piano algo ansioso y retiré la manta que lo cubría. Juro haber sentido cómo en ese conjunto de teclas había una dura e incómoda mirada. Abrí el cajón y para mi alivio, simplemente se había roto una cuerda, la causa del sonido de la tecla.

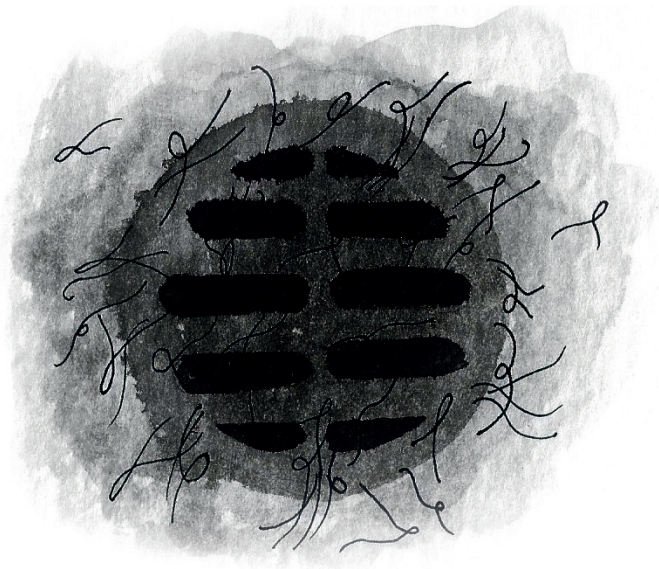
Mientras más pasaban los meses, más me crecía el cabello; no acostumbré a llevarlo largo porque es demasiado crespo, con el aspecto de un alambre y una textura que se siente como tocar un estropajo. El hecho de que las barberías estuvieran cerradas y tuviera que aguantar estar así, empezó a estorbarme un poco. Cada vez que me pasaba la mano por la cabeza, me costaba sacarla por lo enredado e incómodo de mi cabello.

Cada vez era más estresante estar encerrado sin poder relacionarme con nadie, y el vecino de arriba empezaba a hacer incómodos y extraños sonidos. Se escuchaban golpes en el suelo y se podía oír la cama agitarse como si estuviesen moviéndola a propósito. Esto empezó a incomodarme bastante, porque escuchar tales sonidos por tiempos muy prolongados interrumpía mi concentración.

Un día, más o menos a eso de las cinco y media de la tarde, me coloqué una gorra y subí las escaleras hacia el apartamento del vecino. Toqué repetidas veces la puerta, pero nadie me daba una respuesta. Al ser tanta mi insistencia, alguien del apartamento que estaba a la derecha decidió salir. Era una anciana, y me hizo la señal que fuera hacia ella. Cuando me acerqué a ella pude observar su aspecto; tenía la piel más pálida de lo común, estatura muy baja, el cabello blanco y las pupilas muy dilatadas. —En ese apartamento no vive nadie —me dijo. —No perturbes el silencio de los vecinos —dijo tosiendo levemente al final.

No le dije nada y bajé las escaleras para regresar a mi apartamento. La anciana me había dejado una extraña sensación de desconfianza, quería contarle por qué había ido a tocar la puerta del vecino, pero a la vez sentía que no debía decírselo. La situación que acababa de ocurrir hizo que me estresara mucho más, me pasaba la mano a cada rato por la cabeza y empezaba a caerme caspa de ella. Mi cabello se sentía sudado, algo molesto, por lo que fui hacia el baño a mojarlo.





En el lavamanos, empecé a echarme agua de manera agresiva sobre el cabello, pues dado a su estilo, por más que lo humedeciera no se mojaba. Este es un complejo que tengo conmigo, no me gustan muchas cosas de mí, entre ellas mi pelo. Quería arrancármelo de la cabeza, parecía que estuviera teniendo una crisis de ansiedad, pasaban muchas cosas por mi mente.

De repente, algo me rozó la cabeza y volví a estar en modo alerta. Mientras me jalaba los mechones de cabello y me agachaba más para mojarlos, pude sentir cómo una mano me sobó suavemente, pero no había sido mi mano, pues ambas las tenía ocupadas jalándome los crespos. Agobiado, no dudé, tomé una tijera que tenía cerca y comencé a cortar por completo mi cabello, sentí que liberaba mucha de esa presión que sentía mientras me cortaba cada mechón.

Mi cabellera quedó dispareja por todos lados, tenía partes completamente calvas y otras con mechones cortos. Tomé una rasuradora y me la pasé por el cuero cabelludo, lo hacía con cuidado pues no quería herirme, pude hacerlo hasta que mi cráneo quedó uniforme sin molestos mechones que me hicieran ver extraño.

Era raro verme al espejo completamente rapado, ya me había tranquilizado y sentía que mi agobio se había ido. Me quedé viendo un rato frente al espejo, las luces parpadearon un momento, pero no me sentía asustado, solo me veía frente al espejo directamente a los ojos, como si algo realmente extraño estuviera pasando por mi cabeza, pero no podía distinguir qué era. De repente la luz se apagó, esta vez sí se me empezó a acelerar el corazón, ya no quería ver mi reflejo, sentía desde adentro que había algo frente a mí.



Para mi suerte, sólo pasaron unos pocos segundos para que las luces se volvieran a encender. Tuve el valor de verme otra vez al espejo, me tranquilicé, pues ya no sentía esa presencia tan incómoda. Luego, me recosté en el sofá y fui consciente de que mi salud mental no estaba pasando por sus mejores momentos, así que me puse una chaqueta, un gorro y salí de mi apartamento.

Mientras caminaba por el pasillo observé el cielo; era gris y opaco, pero, aun así, los rayos del sol cruzaban por las ventanas. Esa suave luz alumbraba un poco lo oscuro que se veía al rededor, todo era demasiado gris, sin importar eso, se veía hermoso. Salí de la torre y caminé hacia el parque de mi conjunto, me apoyé en una de las barandas de madera que estaban ahí y miré nuevamente hacia el cielo, para apreciar su color gris mientras el viento me pasaba por el rostro.



No solía fumar, pero en ese momento sentí el deseo de hacerlo. De manera curiosa, había en mi chaqueta una cajetilla de cigarrillos que nunca había abierto. “Wow”, pensé, “al menos ocurrió algo bueno el día de hoy”. Saqué un cigarrillo de la caja y lo encendí, inhalaba el humo y lentamente lo expulsaba de mi boca.

No me había dado cuenta, pero en el parque había una muchacha; esta se me acercó para preguntarme si tenía fuego, asentí y le pasé mi encendedor. Se apoyó en la misma baranda de madera que yo estaba, justo a mi lado, y me dijo: — ¿Estos días no han sido muy interesantes, ¿verdad? —. Le respondí que no. Obviando, claro, el hecho de que no la había estado pasando bien en mi apartamento en los últimos días. Charlamos durante un rato y entre tantos detalles que compartimos, me di cuenta de que había sido una vieja amiga mía en la primaria. Ella me recordó también y se echó a reír. No podía creer que haya sido posible encontrarme con una amiga de la infancia justo en ese momento. Hablamos durante horas hasta que anocheció.

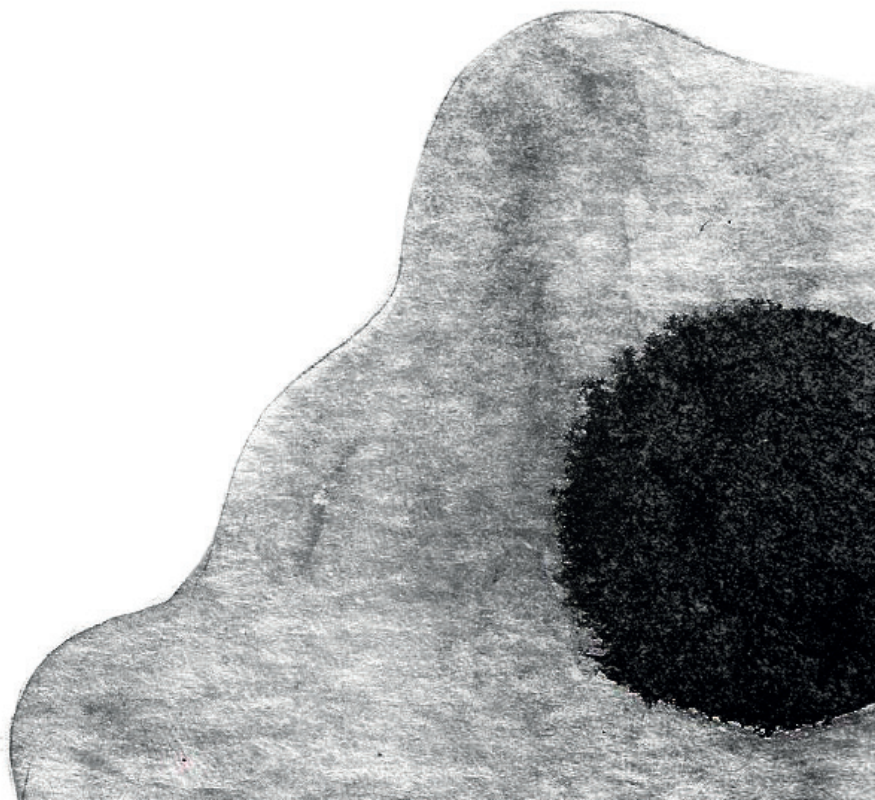
El cielo se tornó oscuro y empezó a hacer mucho frío. Ella me dijo que podíamos ir a su apartamento y seguir charlando. Le dije que sí, que no tenía problema. Entramos a la torre y subimos por el elevador, ya era tarde y el pasillo estaba oscuro. Cuando llegamos al nivel de su apartamento, me di cuenta de que vivía tan solo un piso más arriba que yo.

Abrió la puerta y entramos, me ofreció chocolate caliente y se lo acepté. Me dijo que se sentía muy feliz de verme de nuevo. De niños, no es que hayamos sido amigos tan cercanos, pero ahora nos estábamos conociendo muchísimo más. Me decía lo extraño que yo era, y que jamás pasó por su cabeza que me convertiría en quien soy ahora. Yo le dije que jamás me habría imaginado que terminaría conociéndola tanto, veinte años después; ella solo sonrió con esa característica sonrisa, cerrando sus ojos y agachando la cabeza. Esa noche dormí en su apartamento, de alguna forma me sentía feliz, como si todos mis problemas hubiesen desaparecido.

Al siguiente día, desperté temprano y quise prepararle algo para de-

sayunar, como para tener un detalle con ella. Había varias cosas en su cocina, así que preparé unos huevos con jamón y algo de avena. Ella se levantó y se acercó, vio lo que estaba haciendo y me sonrió de inmediato, yo le devolví la sonrisa y nos dimos un beso. Toda esta situación era algo extraña para mí por lo rápido que estaban ocurriendo las cosas. Pero en ese momento solo me estaba dejando llevar por mis sentimientos, me sentía muy feliz.


Cuando salí de ahí, reconocí el pasillo de inmediato, era el mismo en el que me había venido a quejar sobre los ruidos que sonaban arriba de mi apartamento. Empecé a sentir una extraña sensación en el corazón, una especie de dolor mental. Me volteé y toqué la puerta de su apartamento, ella abrió y me volvió a sonreír, le pregunté si podía darme su número. Con suavidad, tomó mi teléfono y guardó el contacto, me lo devolvió y me dijo: —Te veo en la noche—. Yo no quería contarle aquella anécdota todavía, así que solo le dije: —está bien—.



Bajé las escaleras un poco estresado de nuevo, aquella presión había regresado. Volví a trabajar, como de costumbre, pero esta vez pensando en muchas cosas. De pronto, me llegó un mensaje de Antígona, así se llamaba ella, me preguntó cómo estaba y enseguida sentí paz en mi interior.

Le respondí que estaba trabajando pero que me encontraba bien y le pregunté lo mismo. Me respondió que también se encontraba bien y que le daba gusto que yo lo estuviera. Mientras chateábamos, me dijo que tenía que decirme algo en la noche, me entró la curiosidad y le pregunté de qué se trataba. Me dijo que iba a decírmelo hasta que llegara en la noche a su apartamento, entonces se despidió porque tenía cosas que hacer. Eso me dejó pensando demasiado, no imaginaba lo que podría ser; algo bueno o algo malo, no lo sabía, pero toda la tarde estuve pensando al respecto. De alguna forma sentía miedo y curiosidad.

Cuando llegó el anochecer pedí dos cafés y una repostería por domicilio y me dirigí a su apartamento. Toqué su puerta y cuando me abrió me vio con ojos de felicidad y me dio un abrazo. Pude sentir muchos sentimientos en ese simple abrazo, como si hubiesen regresado cosas que ya no existían dentro de mí y como si, de alguna forma, ella hubiese logrado que yo olvidara todo lo malo que me ocurría.

A stylized, high-contrast black and white illustration. In the upper left, a hand is shown with fingers slightly spread. In the upper right, an arm extends horizontally towards the center. In the lower right, a large, dark, abstract shape, possibly representing a torso or a piece of clothing, is visible. The background is plain white.

Me tomó de las mejillas con sus manos y me dio un beso. Entramos y nos sentamos en el sofá, me preguntó cómo había estado mi día y le dije que bastante ocupado, pero esperando a que llegara por fin la noche. Se rio y me vio con ojos de curiosidad. De pronto, se colocó en una postura un poco más seria y se inclinó hacia adelante. —Tengo algo que decirte —dijo con un tono serio—. Entonces volvió otra vez esa curiosidad a mi cabeza. —Está bien, dímelo —le dije—.

Antígona se quedó en silencio un momento, levantó la cabeza, me miró con una mirada desafiante y dijo: —Yo creo que tú eras un chico muy raro en la escuela. Entonces se comenzó a reír como adolescente perversa. Su risa era algo contagiosa y me hizo gracia oírlo, así que comencé a reír también. —Pero, aun así, te quiero. — Dijo todavía carcajeándose un poco.

Lentamente dejamos de reírnos y nos vimos frente a frente, nos acercamos y nos dimos un beso correspondido. Empecé a acariciar su fino cabello castaño y lacio, movía mis manos sobre su suave estómago, acariciaba sus delicadas manos y pensaba en la luna cuando apreciaba su blanca piel. Podía perderme enteramente en ella, como si de un planeta completamente desconocido y sin explorar se tratara.

Cuando terminamos de besarnos, ella inclinó su cabeza y la apoyó con su mano en el sofá. Le dije que yo también tenía que decirle algo. Me vio con mirada de curiosidad y me dijo: —Cuéntame—. Le conté acerca de esa vez que vine a tocar la puerta de su apartamento debido a los ruidos que había escuchado; sobre la anciana y lo que me había dicho. Ella me vio algo consternada y solo me dijo: —¡Pues parece que la anciana te tendió una broma! —Y comenzó a reír de nuevo. Me dijo que le gustaba salir al parque del conjunto, había estado muy deprimida y solía ir a fumar.

Me sentí muy confiado con ella, sentía que ya había una explicación clara a aquella incómoda anécdota, así que le pregunté —¿Y los extraños sonidos que suenan por las noches, a qué se deben? —Ah, eso —me respondió. —A veces me gusta bailar por las noches, ¿quieres ver? —me dijo. Le respondí que sí y me llevó a su cuarto. Me senté en su cama, ella se quitó los zapatos. Estábamos a oscuras pero las ventanas de su habitación eran lo suficientemente grandes para que la luna iluminara la escena, como si de un púlpito en un teatro se tratara.

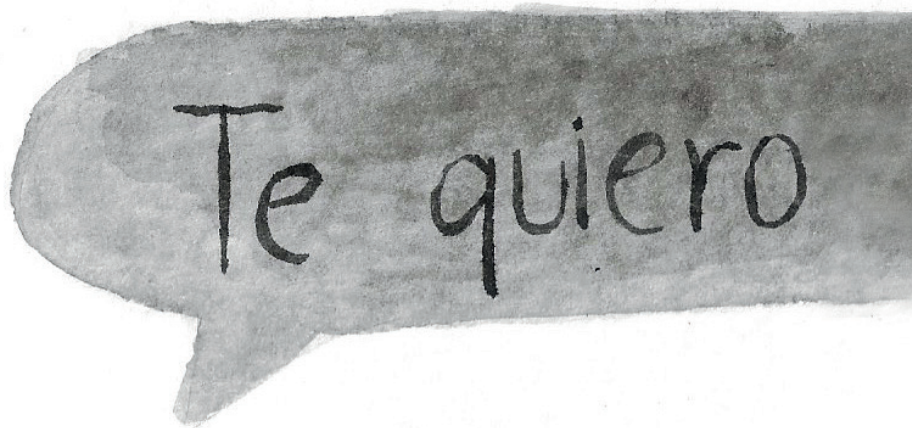
Ella comenzó a moverse, saltaba sobre el suelo de madera de manera muy delicada; podía verla deslizarse en cámara lenta, lo que estaba presenciando era realmente bello. Creo que era una pieza de “El Corsario”, haciendo de Alí, pero ahora no puedo recordar bien. De pronto, se impulsó de uno de los barrotes de madera de su cama y se abalanzó sobre mí. Me miró y volvió a besarme, nuevamente pasé la noche junto a ella.



El siguiente día era un sábado, nos levantamos temprano; hicimos un maratón de películas de culto que me gustaban y ella me mostró sus favoritas. Tuvimos extensas charlas sobre libros, música, historietas. Volví a sentirme como un niño a su lado. Antígona era músico, me mostró cómo tocaba la guitarra; le conté que yo también podía tocar, no tan bien como lo hacía ella, pero me aplaudió cuando le mostré de todas maneras. Ese día no pasé la noche en su apartamento ya que me llamaron del trabajo para hacer algunos ajustes, así que me despedí. Me dijo que estaba bien y me dio un beso, dijo que esperaba verme al otro día, y por supuesto que asentí. Esa fue la última despedida, porque al siguiente día sería la última vez que la vería.

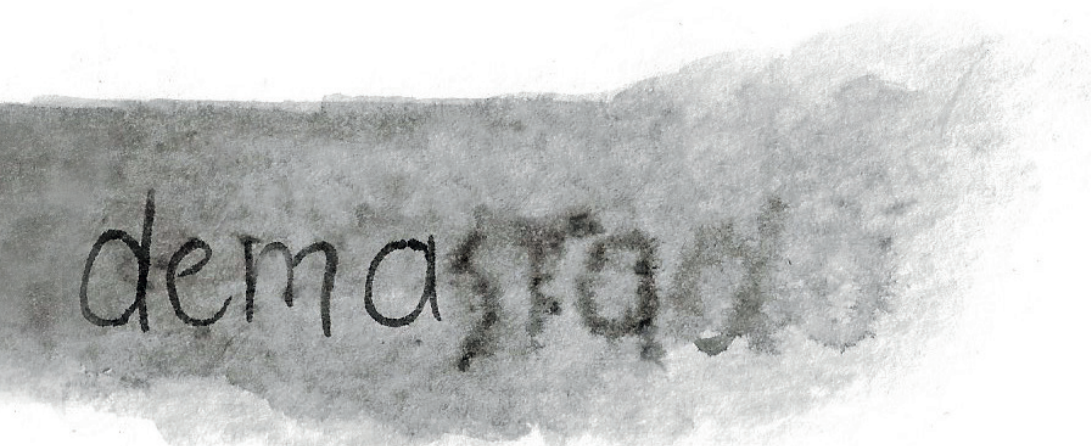
Los últimos tres días habían sido los más felices para mí en mucho tiempo; estaba siendo más productivo y me sentía más feliz conmigo mismo en general. Ese día me acosté algo tarde por los inconvenientes que estaba teniendo el sistema de red de mi trabajo; de algún modo, pude resolverlos. Cuando amaneció, me sentí con muchos ánimos, hice las cosas que tenía que hacer, como de costumbre, y de pronto me llegó un mensaje al buzón de voz.

Era de Antígona. Decía: —Holaa —entre risas. —Buenos días, espero hayas amanecido bien, solamente quería decirte que todo lo que te dije ayer es cierto, te quiero y, en serio, me alegra haberte encontrado justo ahora, conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y... espero que lo nuestro pueda continuar siendo por mucho tiempo más. Te quiero demasiado. —bip*. Su mensaje me había alegrado demasiado el día, así que me dispuse a cocinar para invitarla a almorzar, sin el presentimiento de que tal vez, ella no vendría.



Cuando terminé de preparar las cosas, subí las escaleras para ir a su apartamento y noté que su puerta estaba entreabierta. En ese instante, muchas ideas se cruzaron por mi mente. Me acerqué muy despacio y en silencio empujé la puerta. Noté que su apartamento estaba algo diferente a como estaba ayer, había algunas cosas desordenadas, pero no era un desastre. Grité su nombre: — ¡Antígona! —, pero no respondió.

No pensaba lo peor, ella solía salir mucho al parque, así que pensé que tal vez solo había dejado la puerta abierta por error. Pero no podría ser así, me asomé por su balcón para ver si estaba en el parque, pero no, no había nadie allí. Empecé a preocuparme y a sentir miedo. Debería estar en su cuarto, pero un enorme sentimiento de incertidumbre me invadía; me llené de valor y caminé hacia su habitación, recordaba la noche en que la vi bailar y lo mágico que había sido el momento. Abrí la puerta y de inmediato salí al no poder resistir la escena.



demas

Comencé a llorar, me sentía destrozado. Me apoyé en la pared afuera de su cuarto y me senté lentamente. No tenía otra cosa que hacer más que llorar; Antígona estaba muerta, se había ido. No pude ver por suficiente tiempo lo que estaba ante mis ojos, ni observar con mucho detalle, pues no soporté presenciar tal cosa. El cuerpo de Antígona estaba sobre la cama, con sus manos reposando sobre el colchón; su rostro estaba destrozado, no tenía nariz; uno de sus ojos estaba por fuera y le faltaba una oreja; tenía su boca entre abierta. Su bello cuerpo... estaba desnudo con una sábana encima que no cumplía la función de cubrir; uno de sus pechos había sido cortado; su estómago había sido completamente abierto, y una de sus piernas había sido introducida en su estómago, al que parecía faltarle los órganos.

No entiendo cómo, pero su cintura estaba más separada de su torso de lo que debería. Pude ver huesos sobresaliendo en esa parte de su cuerpo. Toda la cama y parte de la pared estaban ensangrentadas. Había algunos fragmentos de color rojizo repartidos cerca de la escena, no pude distinguir qué eran exactamente. Si puedo pensar en algo, era como si una bomba desde el interior de su estómago hubiese explotado, llevándola a ese estado. Estaba en shock, mi mente se tornó en blanco por unos segundos.

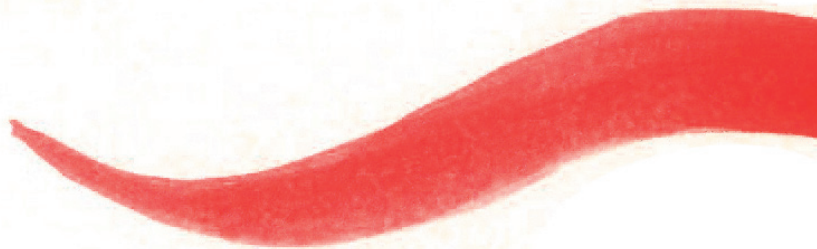
De repente, la pared frente a mí parecía tener la textura de un reptil, tenía muchos agujeros que poco a poco se iban abriendo e iban derramando una asquerosa mucosa. No soporté más y corrí hasta salir y tropezarme en la salida. Me sentía mareado, las lágrimas no paraban de salir de mis ojos; de verdad, Antígona había muerto.

La policía llegó poco después, todos usaban mascarilla y se dispusieron a hacer su investigación y a limpiar la escena. Me formularon algunas preguntas y respondí lo más calmado que pude a ellas, a pesar de que no podía parar de llorar todavía. Me recomendaron, al igual que a los vecinos que se habían acumulado en un pequeño grupo en el pasillo, regresar a nuestros apartamentos.



Regresé a mi piso para continuar llorando. Esa semana fue muy dura para mí, pues me sentía demasiado deprimido y las cosas que acontecieron me obligaron a querer desaparecer. En una ocasión, me encontraba sentado en el comedor, había usado la misma tasa de té por tres días seguidos sin lavarla; el vapor del té chocaba contra mi rostro; no tenía ganas de hacer nada. El piano de antes volvió a emitir el sonido de una tecla, me abalancé hacia atrás y rompí la silla, pues me había puesto muy nervioso.

Me deslicé hasta apoyarme contra la pared y tener de frente al condenado piano. Volvió a sonar. Pero esta vez fue como si varias teclas se hubiesen tocado al mismo tiempo. Acurrucado contra la pared, me tapé los oídos como pude, pero el maldito piano no dejaba de sonar (¡cuánto deseaba haber tenido una guitarra en lugar de un piano en ese momento!). Me acerqué al piano y le di una patada, este dejó de sonar. Cuando me dispuse a abrir la cubierta, las cuerdas seguían igual a como las había visto la última vez; solamente una estaba rota. No me pude controlar y de nuevo caí arrastrándome hasta la esquina de la pared.



La primera noche después de la muerte de Antígona, no pude dormir; tenía insomnio, así que trataba de distraerme adelantando trabajo; pero se escuchaban voces desde mi cocina, era insoportable. Era como si alguien me estuviese asechando para hacerme algo, pero no lo hacía de una vez; se tomaba su tiempo.

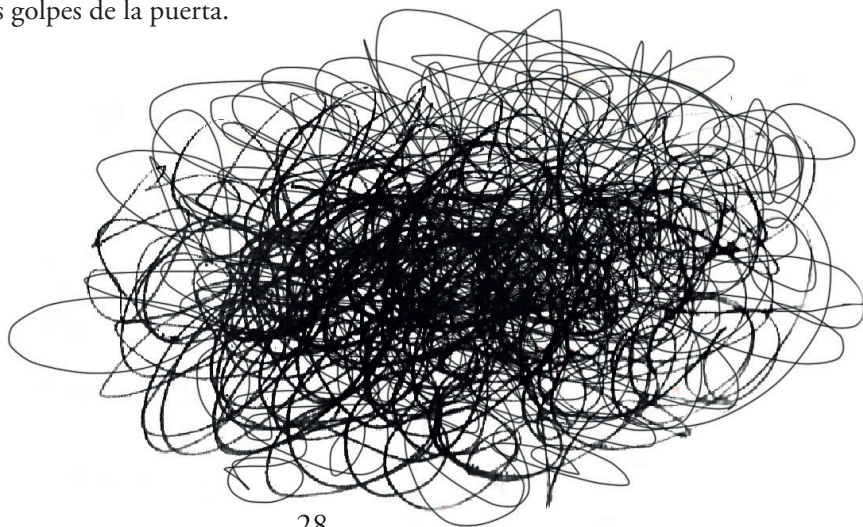
La segunda noche empecé a escuchar saltos en el piso de arriba, no podía parpadear. Extrañaba tanto a Antígona, pero no podía recordar ningún momento agradable con ella, lo único que venía a mi mente era aquella horrible escena que había visto en su cuarto. Pasaba las tardes sentado en una de las esquinas de las paredes, mis oídos se sentían como dos huecos en los que resonaban miles de voces inentendibles, solamente podía llorar por dentro porque mis pupilas estaban demasiado dilatadas y secas de tantas lágrimas que había botado. El tiempo se hacía lento, y no había señales del sol, llevaba dos días sin bañarme y sin poder dormir bien.



El no poder comer bien y no ir al baño estaba empezando a afectar a mi cuerpo, pues, aunque podía comer frutas y chiverías, no tomaba demasiada agua para no tener que ir al baño. Luego llegó un punto en el que ya era inevitable, tenía que ir. Mi estómago estaba a punto de explotar, más bien, mi vejiga. Me levanté como pude del suelo y caminé lentamente hacia la puerta del baño, resbalé y caí por la poca fuerza que tenía. Volví a ponerme de pie y, como pude, abrí la puerta.

Un cuerpo blando, cilíndrico, con una capa externa y viscosa, color marrón, salió de mí. De este salía una especie de larva o tenia saginata color rosa claro, que tenía cuatro filas de dientes afilados a su alrededor. Del extremo de la larva emergía un hueco que se abría progresivamente, como si de un ojo se tratara. Eso tan desagradable era lo que emergía de la cañería de mi sanitario, con un grosor del tamaño del hueco.

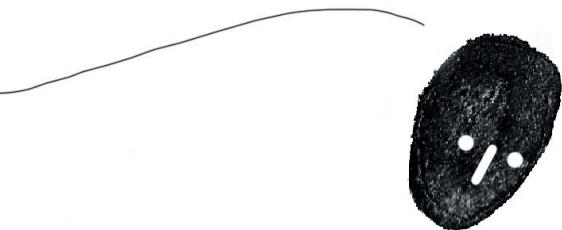
A medida que su boca se abría y me veía directamente con ella, emitía un sonido de bicho extraño distorsionado. Como si tuviera reflejos de animal, me lancé por la puerta antes de que me cogiera y la cerré con fuerza; apoyado contra ella, sólo podía sentir los fuertes golpes de esa cosa tratando de romper la puerta. En ese momento, por alguna razón, empecé a rezar en mi mente. Finalmente pude orinar. Unos segundos después, se volvió a escuchar el sonido distorsionado del bicho y cesaron los golpes de la puerta.



Quedé completamente quieto, sin poder levantarme. Pensé un momento en lo que acababa de ver, y estaba seguro de que no podía haber sido real. Me levanté, abrí la puerta con la mano temblorosa. No lo podía creer, no estaba de ninguna manera loco. Todo mi baño era un desastre, estaba lleno de viscosidad, había chorros de agua por todos lados y el olor a agua de alcantarillas era fuerte pero no insoportable. Lo que sea que hubiera sido esa cosa, había sido real. Me di el trabajo de limpiar las paredes y el suelo. Con todas las cintas y pegamentos que tenía en mi apartamento, sellé por completo la tapa de mi inodoro, intenté abrirla y me fue imposible.

Cansado me senté en el sofá y pensé urgentemente en la posibilidad de mudarme, sabía que algo no estaba bien en mi apartamento, así que comencé a buscar arriendos por Internet. Escogí el primero que me agradó, simplemente no podía seguir quedándome ahí. Para mi mala suerte, el protocolo para poder moverme al nuevo apartamento duraría un mes y medio, pero logré hablar con el dueño para que pudiera terminar el trámite en tres semanas, mínimo.

Ahora sólo me quedaba esperar, esa noche finalmente pude dormir, aunque tuve que hacerlo afuera de mi apartamento, en la esquina de la pared de la puerta. Las voces se hicieron insoportables para mí, pero curiosamente, fuera de mi apartamento no sucedía nada a pesar de lo cerca que estaba de la puerta.



Al día siguiente, llegaron dos hombres de la policía con mascarillas especiales y me levantaron. Me dijeron que los resultados de la autopsia de Antígona concluyeron que ella había muerto tres días antes de que yo llamara a la policía. Inmediatamente se me llenaron los ojos de lágrimas y pude recordar, otra vez, todos los momentos agradables que pasé con ella.

Me esposaron y me pusieron una mascarilla para que fuera con ellos. Los vecinos habían salido porque se habían enterado de que la policía había llegado y vieron cómo me llevaban. Sin embargo, entre la gente que pude ver, vi a la anciana, sí, la misma. Me miraba por detrás de su puerta sin salir. Cuando volteé a verla, solo me hizo una sonrisa maliciosa y cerró la puerta.

... “La única prueba que tengo a mi favor es el mensaje de voz”.



Para la composición de este libro se
usaron los tipos Adobe Garamond
Pro Regular en 11/14 puntos.

Lo que comenzó como una solitaria temporada, si es que así puedo llamarla, terminó convirtiéndose en la experiencia más traumática que viví en toda mi vida. Algo que supera a esos oscuros años de la secundaria, cuando era un pelado al que aún le quedaba una sola gota, pero muy grande, de esperanza, la cual me quitaron muchos imbéciles que hoy viven en comunidades de campers y trabajan en gasolineras. No es que disfrute el hecho de haberme enterado de esos rumores hace algunos años, simplemente es un recordatorio de que todos estamos jodidos de alguna forma.

